

REFLEXIÓN SEMANAL

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

Sab 11, 22-12, 2; Sal 144; 2Ts 1, 11-2, 2; Lc 19, 1-10

Entró en Jericó y cruzaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: "Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa." Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: "Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador." Zaqueo, puesto en pie dijo al Señor: "Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más." Jesús le dijo: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa porque también éste es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido."

La semana pasada las lecturas nos hacían presente la oración del creyente y, principalmente, la actitud de aquel que se abandona a la voluntad y misericordia del Padre. Hoy, por medio del presente texto del evangelio, la Iglesia, como Cristo en su tiempo, sale al encuentro de todo hombre, para que el hombre pueda encontrarse con la salvación que Dios le ofrece. Es así que en la presente semana, vemos a Cristo de camino y a un hombre, Zaqueo, en medio de una multitud. Es importante destacar la manera como, en el evangelio de San Lucas, se nos hace presente que la Historia de Salvación que Dios ha pensado, se manifiesta de manera particular para cada hombre.

La semana pasada, el publicano de rodillas pedía a Dios que tenga misericordia de él. Hoy, este publicano, en sentido bíblico, tiene un rostro y nombre propio. Esta es la manera como Dios quiere manifestarse en nuestra vida, porque Dios responde a la vida de cada hombre. Al respecto nos dice el Papa Benedicto XVI: «...Jesús llama por su nombre a un hombre despreciado de todos. «Hoy»: sí, precisamente éste es para él el momento de la salvación. «Debo quedarme»: ¿por qué «debo»? Porque el Padre, rico de misericordia, quiere que Jesús vaya a «buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10). La gracia de aquel encuentro imprevisible fue tal que cambió completamente la vida de Zaqueo: «He aquí –confesó a Jesús-- que doy la mitad de mis bienes a los pobres y, si he defraudado a alguien, le restituyo cuatro veces más» (Lc 19,8). De nuevo el Evangelio nos dice que el amor, partiendo del corazón de Dios y actuando a través del corazón del hombre, es la fuerza que renueva el mundo...» (Benedicto XVI; Ángelus, 4 de noviembre de 2007).

En la primera lectura, la afirmación: «...a todos perdonas, porque son tuyos...», nos deja en claro que Dios ama todo lo que ha creado, de lo contrario no lo habría creado por ello el libro del Génesis nos dice: «...Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien...». Muchos hombres, incluso muchos cristianos, no quieren creer esto debido a los males y sufrimientos que existen en el mundo. Pero la prueba que el libro de la Sabiduría aporta para sostener su afirmación es tan simple y clara que no se la puede rechazar sin negar a Dios o acusarlo de contradicción

interna: «...amas a todos los seres y no odias nada de lo que has hecho; si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado... ». Ciertamente existe el pecado, que debe ser castigado y que además tiene consecuencias, pero el pecador pertenece a Dios, y no es castigado según la pura justicia, sino que es perdonado y llamado a reconocer que aún en medio de sus pecados siempre estará siendo invitado a la conversión. La sabiduría de este libro se encuentra en la manifestación que nos hace que Dios ama a todos los seres y sólo castiga a los pecadores por amor y para propiciar su conversión.

El relato del evangelio, parece presentar el encuentro como un hecho casual, Jesús entra en Jericó y lo recorre acompañado por la muchedumbre, Zaqueo - aparentemente impulsado sólo por la curiosidad- se encarama sobre el sicómoro. Esto nos lleva a descubrir que muchas veces, el encuentro de Dios con el hombre tiene también la apariencia de la casualidad, pero el hombre de fe sabe que nada es casual por parte de Dios. Éste es el caso de Zaqueo, si en un determinado momento no se hubiera producido la «sorpresa» de la mirada de Cristo, quizás hubiera permanecido como un espectador mudo de su paso por las calles de Jericó. Jesús habría pasado al lado, pero no dentro de su vida. Él mismo no sospechaba que la curiosidad, que lo llevó a un gesto tan singular, era ya fruto de una misericordia previa, que lo atraía y pronto le transformaría en lo íntimo de su corazón: «...cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: "Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa"...».

San Agustín comentando este pasaje de Zaqueo dice: «... El Señor, que había recibido a Zaqueo en su corazón se dignó ser recibido en casa de él. Le dice: Zaqueo, apresúrate a bajar, pues conviene que yo me quede en tu casa. Gran dicha consideraba él ver a Cristo. Quien tenía por grande e inefable dicha el verle pasar, mereció inmediatamente tenerle en casa. Se infunde la gracia, actúa la fe por medio del amor, se recibe en casa a Cristo, que habitaba ya en el corazón...» (Sermón 174, 5).

Este evangelio nos ha de llevar a todos a la esperanza, ya que si acogemos a Cristo en nuestra casa -que es nuestra vida-, Él la transforma.

San Pablo, en la Carta a los Filipenses dice: «...todo lo puedo en Aquél que me conforta... ». Esto significa para nosotros en el episodio de Zaqueo; que éste se desprende de sus bienes por el encuentro que tuvo con Cristo. Y no sólo digamos por este encuentro; sino que ya podemos decir que hay en Zaqueo una acción de esta Gracia de Dios, que le mueve hacia la fuente de la vida. Pues, Dios ha puesto en el corazón de cada hombre el anhelo de buscar e ir tras la verdad y poseerla. Zaqueo, en medio de sus riquezas, buscaba lo que sus bienes no podían darle. De esta manera, podemos decir que a la luz de la primera lectura y del evangelio, tenemos que meditar en el hecho que Dios no rechaza nunca la obra de sus manos. Dios rechaza aquello en lo que no ve su imagen. Retomando esta expresión del evangelio del presente domingo: «...este también es hijo de Abraham... », y ante el asombro de los fariseos de que Cristo comiera con publicanos y pecadores, podemos decir que Dios Padre en Cristo, no sólo es creador de todo lo que existe, sino que también en Cristo es el autor de la Nueva Creación. Pues Dios en Cristo, ha venido a salvar, rescatar, lo que estaba perdido. Ha salido como el padre de la

parábola del hijo pródigo a buscar al hombre: «...pasaba Jesús y viendo a Zaqueo,... dijo... hoy debo quedarme en tu casa... ». Por eso en los evangelios a Cristo lo vemos de camino, porque ha salido a darnos el alcance por los caminos en que estábamos; para salvarnos y llevarnos hacia Él, el verdadero camino que lleva al Padre.

Dios no rechaza las obras de sus manos, Dios ha creado al hombre: «...a su imagen y semejanza... ». Entonces estimados hermanos, como Dios mismo se compromete a no castigar al hombre, como lo hizo en el diluvio, Gn 8-9. Hoy se hace presente este compromiso que Dios mismo se ha obligado a cumplir, y ésta promesa se cumple en Cristo. Dejemos, por lo tanto, que en nosotros Dios reconstruya su obra en Cristo, que Él nos encuentre como a Zaqueo y escuchemos que nos diga: «...hoy me quedo en tu casa... », nuestro templo (nuestro ser mismo). Cristo, donde quiere morar en nosotros, en el Templo de la Alianza Nueva, que surge del Misterio Pascual de Cristo, que cuando ha derramando su sangre de la cruz, ha recreado la obra de Dios -el hombre-, y nos ha hecho templo de la Gloria del Padre.

P. Oscar Balcazar B.